

Circunstancia. Año VIII - N^o 22 - Mayo 2010

Artículos

GREGORIO MARAÑÓN EN EL ESPEJO DE LUIS VIVES[1]

Luis Merino Jerez

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

1. Las ediciones del texto y su recepción a mediados del siglo XX

2. La recepción del texto en los últimos años

3. El ensayo psichistórico de Luis Vives

4. El intelectual y la tragedia del ecuanime

5. El doctor meliflúo o las abejas de la paz

6. A modo de conclusión

Bibliografía.

El estudio de Gregorio Marañón sobre Luis Vives constituye un conjunto de cinco ensayos que antes de aparecer reunidos por Espasa-Calpe, en 1942, con el título de *Luis Vives (Un español fuera de España)*, se publicaron por separado y en entregas sucesivas en Buenos Aires (en el diario *La Nación*, 1940)[2], Madrid (revista *Escorial*, 1941)[3] y París (1941, en un volumen colectivo titulado *Vivès, humaniste espagnol, que pretendía ser la continuación de la Revista de Occidente*, aunque las circunstancias del lugar y del momento hicieron que se anunciara como *Collection Occident. Études Hispaniques*) [4].

1. Las ediciones del texto y su recepción a mediados del siglo XX.

La obra gozó de amplia aceptación, según comenta Valentín Moreno[5], quien señala además la aparición de sendas reseñas en dos revistas de la época: *Hispania* y *Revista de filología española*. Al término de la Guerra civil ambas publicaciones, como es sabido, habían dejado de depender del Centro de Estudios Históricos – y, por tanto, de la Junta de Ampliación de Estudios- y en su lugar seguían los dictados del recién alumbrado CSIC, cuya dirección había sido designada directamente por el gobierno franquista[6]. La buena acogida de la obra se refleja años más tarde en la archiconocida *Historia de la literatura española* de Angel Valbuena Prat, quien acude generosamente al ensayo de Marañón para glosar los capítulos sobre Juan Luis Vives[7].

En 1947 y también en Espasa-Calpe aparece una nueva edición, engrosada esta vez con sendos ensayos sobre “la emigración política española a Francia” y “El destierro de Garcilaso de la Vega”. Esta segunda versión, titulada *Españoles fuera de España*[8], despertó la ironía de Esteban Salazar Chapela, intelectual republicano exiliado en Londres y secretario del Instituto español, un organismo financiado por el gobierno de la República en el exilio. En el *Boletín del Instituto español*, Salazar Chapela señala algunos errores historiográficos cometidos por Gregorio Marañón en torno a la figura de Antonio Pérez y se muestra en cierto modo condescendiente con el estilo del autor: “El ensayo sobre Garcilaso es ameno y tiene encanto evocativo; lo mismo podemos decir de las páginas sobre Luis Vives”[9]. Sin embargo, desapruaba el prólogo que precede a esta edición por suponer en Marañón cierto remordimiento (*conscientiae angor* es la expresión ciceroniana que emplea Salazar) por haber vuelto a una España franquista a la que otros exiliados no querían o no podían regresar. Salazar Chapela se queja de “ciertas delicadas blandicias” que el “Dr. Marañón regala a los emigrados del fascismo de hoy”.

En realidad, la edición de 1947 sólo aporta tres novedades respecto a la de 1942: la dedicatoria a Ramón Pérez de Ayala, de quien dice “que está dentro de España aunque esté fuera”[10]; una nota bibliográfica al cierre de las tres secciones de la obra (emigrados en Francia, Garcilaso y Luis Vives); y el prólogo, que suscita la amarga ironía de Salazar Chapela[11]. Este prólogo constituye, en efecto, un importante cambio de enfoque respecto al de la versión anterior. Si en 1942 Marañón se limitaba a trazar unas líneas programáticas que se resumen bien en la aspiración de “interesar al público español por la humanidad palpante de Vives, que es, con gran ventaja, su obra mejor”[12]; ahora, sin embargo, incluye una reflexión personal y al mismo tiempo literaria sobre la condición del emigrado, tomando para ello como modelo la *Consolatio ad Helviam*, es decir, la epístola que Lucio A. Séneca escribió a su madre para aliviar el dolor que debió causarle saber que su hijo había sido condenado al destierro.

Marañón no esconde aquí su afición por Séneca, de quien dice que ha “enseñado la patética lección a muchas generaciones de españoles que, como él, tuvieron que salir de la patria (...) Uno de estos españoles eres tú, ahora (...); tú, poeta o labrador, hombre de ciencia o soldado, de Castilla, de Cataluña, de Andalucía, de Galicia, de las tierras vascas (...) Como Séneca tú también piensas que es triste vivir expatriado; pero sabes encontrar como él, el gesto ascético y el garbo para salir adelante”[13]. Y así es, el gesto ascético y el garbo del que habla Marañón se resume en un razonamiento sucinto que reproduce algunos de los argumentos genuinamente estoicos con los que Séneca pretende consolar a su madre. En definitiva, el prólogo de Marañón es un fiel reflejo de la *Consolatio ad Helviam* de Séneca.

“La vida es un destierro universal”, sentencia Marañón, tras argumentar que el carácter transitorio de la vida terrenal debe impedir “atormentarnos por la ausencia de la tierra vernácula”. Estemos donde estemos, añade, “la distancia que nos separa del cielo es siempre la misma”. Tampoco hay que lamentar la pérdida de los bienes materiales y, sobre todo, afirma Marañón, no hay que olvidar que “la patria no son los hombres que la pueblan ni los vanos afanes de cada día, sino la unión del pasado y del futuro que se hace en cada hombre vivo (...) y eso, que es en verdad la patria, ¿quién nos lo puede quitar, estemos dónde estemos?”[14].

Éstas son algunas de las "delicadas blandicias" que condena Salazar Chapelá, quien no parece haber entendido bien el sentido último de otras consideraciones igualmente senequianas, en las que Marañón presenta un tono más personal. Me refiero, por ejemplo, al alegato en favor de la libertad del exiliado: "¿No serás tú, ahora sin responsabilidades, desgajado de la lucha humana, reducido a la vida elemental, solo contigo, no serás más libre que nunca (...)?". Y esta otra, en la que evoca la nostalgia de quienes han vuelto a la patria tras el exilio: "Acaso el recuerdo de estas horas sea nueva nostalgia para nosotros, nostalgia más profunda que la que ahora parece que nos quiere ahogar. Acaso sea después cuando en verdad nos creamos desterrados". Una última reflexión merece un breve comentario, si quiera sea por su carácter premonitorio: "la historia no la hacen solo los que creen hacerla, sino también los que la cuentan; y la voz del perseguido, si sabe tener la razón que la persecución da hasta al que no tiene razón, esa voz es, a la larga, la que más alto suena"^[15]. Con estos presupuestos neoestoicos se entiende que Marañón subraye los aspectos positivos del destierro en el caso, por ejemplo, de Garcilaso, víctima, según dice, de un destierro interior que fue su gran tragedia, pero una tragedia, al mismo tiempo, fecunda, pues de ella nació su obra inmortal.

En otros lugares afirma que la emigración de los españoles a Francia en diferentes momentos de la historia supuso avances notables para la patria que los vio partir. A la luz de lo dicho en el prólogo, cabe plantearse incluso la posibilidad de leer de modo diferente algunos pasajes de aparente inocencia. Me refiero, por ejemplo, al análisis que Marañón hace de la guerra contra Napoleón, cuando advierte que tras la expulsión de las tropas francesas, se produjo un hecho notable: la compenetración de los dos pueblos antes en conflicto. Su reflexión acaba así: "En las guerras ocurre siempre lo mismo. Los resultados ideológicos son distintos de los que se habían previsto al empezarla y la victoria de las armas de uno de los bandos va, muchas veces, seguida de la victoria del vencido"^[16]. Marañón evoca así un verso de Horacio muy conocido por los amantes del mundo antiguo: *Graecia capta ferum victorem cepit*^[17], un verso, en el que el poeta romano reconoce que al éxito militar de Roma le siguió el cultural de Grecia, que, a pesar de haber sido derrotada en el campo de batalla, acabó triunfando en el de las artes y las ideas. Esto es lo que sucedió entonces, según relata Marañón, tras la expulsión de las tropas napoleónicas de la Península. Cabe preguntarse si esta afirmación vale también para la España que le tocó vivir.

En el ensayo dedicado al destierro de Garcilaso, sostiene que la Guerra de los comuneros contra Carlos V supuso para el poeta una "tragedia atroz", pues, "como en otras grandes casas de Castilla, la discordia civil llegó hasta su seno y los hermanos en la sangre pelearon sañudamente, unos contra otros, en campos opuestos". Esta 'discordia civil' no es sino la traducción del sintagma latino *discordia civilis*, muy común entre los historiadores romanos para referirse a las luchas intestinas que asolaban Roma en diferentes momentos de su historia^[18]. Es posible que al emplear esta expresión Marañón quisiera ir más allá del caso concreto de Garcilaso, para reflexionar sobre la tragedia irrefrenable que supone una guerra civil, como la que le hizo abandonar España a finales del 36. Si esto es así, las siguientes palabras de Marañón alcanzan sentido pleno: "Tal vez, como en toda guerra civil, dentro de muchas almas había otra guerra civil, porque en todas las que han existido ninguno de los bandos ha tenido por entero la razón ni la sinrazón"^[19].

2. La recepción del texto en los últimos años

Llegados a este punto, creo que es conveniente recoger los juicios que merece el texto de Marañón a quienes en los últimos años han estudiado la recepción del pensamiento y la obra de Juan Luis Vives. Resulta sorprendente la escasa presencia que Marañón tiene en *La república de lectores* de Enrique González, pues se limita a recordar su contribución al volumen colectivo *Vivès, Humaniste espagnol*. Nada dice, sin embargo, de las ediciones de 1942 y de 1947^[20].

No es éste el caso de Valentín Moreno Gallego, pues conoce la obra en su conjunto y le concede mayor atención, aunque se limita, al fin, a glosarla brevemente y en términos, justo es confesarlo, poco laudatorios. "Su Luis Vives", llega a decir, "no es uno de los textos más brillantes de Marañón". En otro lugar compara lo dicho sobre Vives por Ortega y Gasset y Gregorio Marañón; una comparación de la que sale mejor parado el primero, porque sus ensayos "son profundos y menos circunstanciales"^[21]. Las objeciones que plantea Moreno Gallego son básicamente dos: el desconocimiento de las fuentes primarias y los excesos "líricos y costumbristas de su estilo". E incluso en esto último, subraya, ni siquiera es original, pues "Azorín tiene un escrito en este sentido más valorado que el de Marañón"; un escrito, añade luego, que Marañón "parece no haber leído"^[22].

Es cierto que cabe establecer un cierto paralelismo entre el estilo de Azorín y el de Marañón, cosa, por otra parte, que no debiera blandirse como demérito alguno. En cualquier caso, Azorín y Marañón compartieron el exilio parisino y no pocos puntos de vista sobre la situación que les tocó vivir, por ello llama la atención que pueda decirse, sin más, que Marañón no leyó el relato de Azorín, cuando él mismo lo reconoce abiertamente: "Azorín hizo notar ya en una de sus admirables *Lecturas españolas* todo lo que tienen de autobiografía los *Diálogos* del maestro"^[23]. Los juicios sobre el estilo de Marañón son subjetivos y aunque al lector de hoy puedan resultarle en algún caso excesivamente poético, lo cierto es que en su día mereció los elogios de Marcel Bataillon y Amanda Junquera, entre otros.^[24] En cualquier caso, no debemos perder de vista las peculiaridades del ensayo que cultiva Marañón, tal como ha puesto de manifiesto D. Vandebosch en un reciente estudio significativamente titulado *Y no con el lenguaje preciso de la ciencia: la ensayística de Gregorio Marañón*.

Sobre la escasez de fuentes primarias, cabe alegar que Marañón no ha leído sólo los *Diálogos* de Vives, como se le acusa, sino también el *De Institutione Feminae Christianae* y posiblemente conoce también, al menos parcialmente, el *Christi Jesu triumphus*. Así se advierte en diferentes pasajes de la obra. Además en la nota bibliográfica que cierra el capítulo en la edición de 1947 aporta una nómina nada despreciable de fuentes indirectas más o menos contemporáneas, a las que habría que añadir otras citadas en diferentes lugares de sus ensayos, como son, por ejemplo, los *Opera omnia* de Gregorio Mayans, que demuestra conocer bien.

El análisis de las fuentes permite observar que Marañón ha tenido en cuenta el *Luis Vives* de Bonilla San Martín, que, como ha explicado E. García, servía de guía a quienes abordaban el estudio de Vives como filósofo desde una visión tradicionalista; pero sabemos también que Marañón ha contado con las obras de autores extranjeros, como P. S. Allen, F. Watson, L. Delaruelle, y E. Van den Bussche^[25]; y, sobre todo, de F. Lange, que es uno de los autores en que se basaba la visión pedagógica de Vives que inspira a quienes desde la Institución libre de

enseñanza y el Institut d'Estudis Catalans pretendían internacionalizar la ciencia española y reformar la educación[26]. Significativamente en las páginas primeras de su ensayo Marañón cita a Bonilla y a Lange en pie de igualdad, como fuentes a las que acudir para conocer "las fechas, los viajes, los fastos públicos y familiares" de Luis Vives. "Mas los sucesos culminantes de la existencia de un hombre" – apostilla Marañón alejándose por igual de uno y otro – "apenas son otra cosa que el cañamazo donde la vida misma va, humildemente, bordeando, día por día, su callada y ferviente realidad"[27].

E. González ha trazado el panorama de los estudios sobre Vives en los decenios previos a la Guerra civil. La República de lectores de Vives cuenta en España con dos grandes facciones, la de los tradicionalistas, iniciada por Menéndez Pelayo y Bonilla San Martín; y la de los liberales, como el krausista Facundo de los Ríos[28]. En esta situación Marañón aspira a seguir su propio camino. El análisis de la obra nos permite descubrir la presencia de expresiones que apuntan a una aparente filiación tradicionalista; me refiero, en concreto, a cuantas ocasiones define a Vives como "la gloria del pensamiento de España" o "parte esencial de la gran España tradicional"; títulos, por cierto, que debían ser muy del gusto de los sectores tradicionalistas aupados al poder tras la derrota de la República. Pero no es menos cierto que Marañón no se recata en definir a Vives como "una de las cabezas más liberales y nobles que dio a la Humanidad, España". Con todo, ante la tradición de estudios vivistas su posición puede considerarse ecléctica, pues, como los conservadores, asume la importancia filosófica de Vives y, como los liberales, subraya el propósito reformador de su experimentalismo[29]. Así se aprecia, incluso, en el matiz que introduce al reproducir el tópico ya antiguo que hace de Vives el precursor de Bacon y Descartes: "Puede su influencia colocarse en la línea de la que habrían de ejercer Bacon y Descartes; aunque en categoría diferente". Resuelve así un lugar común que había sido piedra de toque en las disputas por Vives entre tradicionalistas y krausistas[30].

[Volver](#)

3. El ensayo psichistórico de Luis Vives

Tal como apareció en 1942 la obra consta de cinco capítulos que se complementan bien, aunque al lector le quepa la duda de si realmente son fruto de un proyecto original o el resultado de iniciativas aisladas que vienen a desembocar más o menos retocadas en este océano final. Los dos primeros capítulos tienen un claro carácter científico, es decir, se ajustan bien a los ensayos biográficos cultivados al abordar otros personajes históricos. El primero lleva por título "Gota y enfermedad del maestro", y en él analiza la enfermedad del humanista valenciano y la repercusión de la gota en su carácter. Marañón gusta de analizar los personajes históricos a la luz de sus enfermedades. Y Vives no es una excepción: "la vida y la obra de un hombre enfermo son completamente distintas de las de un hombre sano; y si la enfermedad es la gota, - como en el caso de Vives - las diferencias son especialmente profundas". Marañón sostiene que "la gota condiciona una cantidad considerable de rasgos peculiares del carácter y por lo tanto del pensamiento del presunto gotoso". Y así es como en las páginas primeras de su ensayo llega a denominar a Vives como el "filósofo gotoso"; un título, a decir verdad, casi de gloria - si se me permite la expresión - pues, como bien advierte Marañón, "en aquellos siglos renacentistas no hubo rey, ni Papa, ni gran artista, ni gran capitán que no padeciera" de la gota. A este padecimiento le atribuye incluso la inquietud febril que es propia de espíritus viajeros como Erasmo y Vives.[31]

En el capítulo que aparece en segundo lugar, titulado "La lección de la sobriedad", Marañón se esfuerza en mostrar a un Vives experimentalista. Glosa lo que denomina "la ciencia higiénica de Vives", esto es, las recomendaciones sobre hábitos higiénicos y alimentarios: elogio del madrugar, lavarse y peinarse, el desayuno, el almuerzo... los tres métodos de comer, los paseos y el sueño, o, mejor dicho, cómo se ha de dormir. Encontramos aquí una defensa encendida de la costumbre de mojar pan: "¡Benditos tiempos, Dios mío, en que mojar el pan era una delicia permitida; antes de que los ingleses, en un arrebato de su furor por la etiqueta cometiesen el funesto error de considerar como poco fino ese epílogo sustancioso y delicado del paladeo de los mejores guisos!".[32]

El experimentalismo de Vives era un lugar común de los krausistas que pueblan la Institución libre de enseñanza, tal vez, por ello, Marañón inicia su estudio señalando que "la preocupación experimental (...) llegó (...) a nuestra España y, ciertamente, por las vías de la más pura ortodoxia". Y significativamente añade: "Vives, que arrojó sin grandes sospechas de contagio la tempestad de las conciencias de la Reforma e incluso la amistad con Erasmo, es una de las semillas experimentalistas que, al cabo del tiempo florecen en nuestro siglo XVIII en forma de anhelo de cotejar los vanos prejuicios con la realidad, a través de la fría razón". Marañón se esfuerza en desligar el experimentalismo de lo que llama "fuerzas contrarias a los grandes principios de la moral". El experimentalismo no es responsable de los males que han provocado "el escepticismo petulante, el rencor anticristiano y el brote –aristocrático y snobista, mucho antes que popular- de la masonería"[33]

3 Margarita: en torno a la Institución de la mujer cristiana y la Universidad.

El tercer capítulo se titula "Margarita", sin más, que es el nombre de la esposa de Juan Luis Vives, una valenciana asentada en Brujas, a la que desposó con 19 años, tras haberla contado entre sus alumnos. Se recogen aquí notas de la vida doméstica de Vives, en parte extraídas de sus textos y de sus biógrafos, y, en parte también, imaginadas por el propio Marañón, quien sostiene además que Margarita misma es el modelo que inspira el libro que Vives publicara en 1538 con el título de *Institución de la mujer cristiana*. Es aquí donde señala las causas que, en su opinión, hicieron que Vives renunciara a cubrir la cátedra que en la Universidad de Alcalá había quedado vacante al morir Antonio de Nebrija. La oferta debió ser tentadora, y, sin embargo, Vives la rechazó. Al explicar las razones de esta negativa, Marañón exhibe, tal vez deliberadamente, su amor por la libertad y su rechazo a las servidumbres que acarrea ser "profesor oficial": "Enseñar por deber, según pautas fijas, ya para siempre; enseñar cada día sin libertad para sentarse en los bancos y aprender también de los demás; esclavizado por el prestigio y el respeto de su propia categoría, sin poder elegir el discípulo ni rehusarlo cuando no nos une a él más que el contrato funesto de la matrícula; abdicando de la gracia del pensamiento, que está en el gusto de elegir el objeto de nuestro afán de saber y de cambiarlo cuando nos decepciona o nos cansa; y entonces buscarlo de nuevo, libremente, por otros caminos"[34].

Así es como Marañón pretende explicar las razones por las que Vives rechazó la cátedra de Alcalá, pero hoy sabemos que en su rechazo debieron pesar otros motivos de no poco peso, como los graves problemas que tenía su familia con el tribunal de la Inquisición[35]. Acaso las palabras de Marañón trascienden el caso concreto del humanista valenciano y reflejan su estado de ánimo, pues es posible que por estas fechas se hubiera planteado la posibilidad de volver a la enseñanza dentro o fuera de España. Pero el amor por la libertad parece imponerse, al menos por ahora, a los legítimos deseos de regresar a la patria. En fin, Marañón no quiere renunciar a la libertad de decir lo que piensa, por eso a veces deja escapar algunas críticas a las universidades contemporáneas: "en algunas de ellas sólo se estudia en los raros ratos que deja libres el juego". [36]

4. El intelectual y la tragedia del ecuánime.

La actitud crítica ante la realidad circundante, cuando el asunto lo requiere, es un deber del intelectual, al que no debe renunciar por más graves que sean los peligros que arrostra su postura. Y al mismo tiempo advierte Marañón que las naciones incapaces de tolerar las críticas de sus mejores pensadores son naciones insanas: "Les pasa a los pueblos como a los enfermos: mientras su instinto les dice que pueden curar(se), prefieren la verdad desnuda a la mentira piadosa. Las muchedumbres, cuando se sienten eficaces, prefieren al profeta terrible, al que lanza las rudas y despiadadas verdades. Los pueblos decaídos sólo toleran, en cambio, al monaguillo que maneja el incensario". Elegantes palabras para advertir que la grandeza de un pueblo se mide por la capacidad que tiene de soportar la sinceridad de sus intelectuales. De igual modo leemos: "Nadie dudó en España, a pesar de su actitud iracunda, del patriotismo de Vives. Nadie lo llamó antiespañol. Y esto sencillamente, porque España era una nación fuerte". [37]

Pone también el ejemplo de Tácito, quien escribía pensando en la posteridad y no en satisfacer los oídos de sus compatriotas. Las intenciones que cree descubrir en el historiador romano cuadran bien con las que cabe suponer en el propio Marañón, según vemos en este pasaje premonitorio: "acaso adivinaba también que su obra, con todo lo que tiene de crítica severa, aun con la parte que tiene de injusta, sería, a la larga, más eficaz para la gloria romana que el puritanismo conformista y estéril de los patriotas que se escandalizaron ante su osada franqueza" [38]. Marañón insiste en la utilidad de la crítica del intelectual, por ser ésta la única manera de descubrir el camino hacia la perfección. Muestra su oposición al "halago adulador" que embota a los hombres y a los pueblos, y que fue, sin duda, muy común en el franquismo. Por eso afirma que "los hombres que sólo huelen el humo del incienso están irremediablemente perdidos; y también los pueblos". Así pues, quienes aspiran a construir una gran nación deben aceptar la existencia de ingenios dispuestos a decir la verdad.

Estas reflexiones están incluidas en el cuarto capítulo del ensayo sobre Vives, el titulado "Patria y universo del intelectual". Este capítulo y el quinto, "El doctor meliflúo", contienen dos puntos de gran interés, según creo, para comprender el auténtico calado del libro de Vives, que, por cierto, va más allá de lo esperable en una aparente biografía. Me refiero a lo que Marañón llama "la tragedia del ecuánime" y "el secreto de la paz". A mi modo de ver en ambas cuestiones Marañón desborda el análisis aséptico de los hechos y deja ver su admiración por el humanista valenciano y su comprensión profunda de los problemas que padece, en buena medida por coincidir con los que le aquejan a él mismo en el exilio parisino a la hora de redactar estos ensayos. Esta visión subjetiva fue advertida desde el primer momento por los lectores contemporáneos, según vemos, por ejemplo, en la reseña que en su día hiciera E. Juliá Martínez: "He aquí un libro típicamente subjetivo. Luis Vives sirve de fondo a reflexiones que tienen más de actualidad que de historia", y más adelante: "El libro toma un carácter de reflexión circunstanciada cuando se refiere a la Patria y universo del intelectual". [39] Más recientemente, López Vega ha señalado con acierto que "en este ensayo biográfico, al referirse a la situación de emigrado de Vives, se percibe una evidente reflexión autobiográfica". [40]

Durante la Guerra civil Gregorio Marañón no sólo carecía del afecto protector de alguna de las partes en conflicto, sino que en muchos casos suscitaba recelo y rechazo. Los republicanos consideraban que les había traicionado, mientras que los nacionales no terminaban de confiar en él por su pasado liberal y republicano [41]. Marañón, recordémoslo una vez más, había abandonado España a finales del 36 para instalarse en París. En diciembre de 1937 se pronuncia públicamente contra el gobierno republicano, lo que provoca las críticas entre otros de Alcalá Zamora y de María Zambrano. [42] Este antirrepublicanismo no le granjeó, sin embargo, las simpatías de los franquistas, quienes no le perdonaban haber sido uno de los fundadores de la *Agrupación al servicio de la República*. En 1937 abundan las críticas a Marañón, como, por ejemplo, la del pediatra Enrique Suñer, quien tras recordar algunas manifestaciones de Marañón en defensa de la República, desconfía de su presunto "arrepentimiento" [43].

En este sentido, la peripecia de Marañón como exiliado en diferentes ciudades de Europa y América recuerda la de algunos humanistas insignes, como Erasmo de Rotterdam y Juan Luis Vives, quienes también vivieron y, en su caso, murieron atrapados en tierra de nadie o, mejor dicho, en la estrecha península no beligerante del mundo de las letras. Es en este contexto donde encuentran sentido las reflexiones que hace Marañón sobre lo que llama "la tragedia del ecuánime" en el brevísimo epígrafe dedicado a "Erasmo y Vives". No se habla aquí de otra cosa que no sean los riegos que arrostra el sujeto que fiel a su conciencia decide trazar su propio camino en un mundo enfrentado por dos bandos opuestos e irreconciliables: "(Erasmo y Vives) querían el equilibrio entre las fuerzas que luchaban y dividían el mundo europeo; y este afán no les dejaba reposar ni vivir. (...) A Vives le salvó su ortodoxia de español incontaminable (...) y una cierta cautela de labriego cazarro que sabe no comprometerse demasiado. Pero no escapó a la tragedia del ecuánime, es decir, el embate de los dos extremos, que le arrollaron en su torbellino". Y añade: "El sueño del intelectual conciliador se venía abajo. Las persecuciones a las ideas en todas partes redoblaban". Y finalmente, como en otros muchos lugares, el análisis de lo histórico concluye con una lección universal, una suerte de sentencia que cabe aplicar en todo tiempo y lugar: "El mundo ha sido siempre así. El vivir para la vida del espíritu ha sido y será un servicio heroico (...) Sólo los que hayan sufrido persecución por la gloria de ser soldados de la inteligencia dejarán una huella eficaz de su paso por el mundo".

[Volver](#)

5. El doctor meliflúo o las abejas de la paz.

El quinto y último capítulo del ensayo sobre Luis Vives se titula "Doctor melifluo". En otro lugar he seguido las vicisitudes editoriales de este capítulo, que se publica por vez primera en París, en 1941, en un volumen colectivo preparado por J. Estelrich para contribuir desde Francia a la celebración del cuarto centenario del fallecimiento de Luis Vives[44]. Desde 1939 se venían preparando diferentes actos tanto en la España republicana como en la franquista. Al cabo de la Guerra civil los republicanos, camino del exilio, apenas pudieron llevar a cabo sus proyectos. José Prat, que fuera Secretario de la Presidencia en el gobierno de Negrín, cuenta cómo en la España republicana, desconocedora aún de que podía perder la guerra, se estaba preparando el centenario del humanista y que a tal fin se creó un comité con delegaciones en Francia, Bélgica e Inglaterra, es decir, los países en donde había vivido Luis Vives[45]. Uno de estos trabajos fue la traducción del *De concordia et discordia* de Vives, que finalmente vio la luz en México[46]. Otro tanto pretendía hacer el catalanismo republicano afincado en París con la publicación de un número monográfico sobre Vives en la *Revista de Catalunya*, que se editaba al amparo de la Fundació Ramón Llull, un proyecto finalmente truncado por la entrada de las tropas alemanas en París y la huida apresurada del responsable de la edición, Joan Esbert.[47]

En primera instancia el libro de Marañón sobre Luis Vives pretende contribuir al homenaje del cuarto centenario, según advierte el autor al comienzo mismo del primer capítulo, donde se hace un vago eco de los actos celebrados en España y en América.[48] A ello hay que añadir el interés confesado de Marañón por elaborar una amplia historia de la emigración española. Sin embargo, creo que a la luz de la simbología presente en algunos pasajes cabe profundizar en el sentido de la obra y desvelar su sesgo autobiográfico, especialmente en este último capítulo, en el que no por casualidad se plantea el tema de la paz.

La expresión "Doctor melifluo" aplicada a Vives es antigua, de hecho está documentada ya en el siglo XVI, y se explica por la sabiduría y dulzura de su elocución o bien, como sostienen muchos, incluido el propio Marañón, por haberse descubierto un panal de abejas en la cámara que ocupó Vives en el colegio Corpus Christi de Oxford. Este episodio constituye un lugar común en los biógrafos del humanista, incluso en los más ocasionales, como Federico García Sanchiz, quien en la portada del *Semanario nacional: Domingo* (26 de noviembre de 1937) publica un artículo con el significativo título de "Las abejas de Luis Vives". Con su verbosidad habitual, García Sanchiz relata cómo recibe una carta procedente de Valencia en la que se le invita a participar en las conferencias que organiza anualmente la "Cátedra Luis Vives" para analizar y difundir la vida y obra del humanista[49]. El reputado "charlista", como solían llamarle, subraya la importancia de la convocatoria por ser la correspondiente al año en que se celebra el centenario del humanista. Al igual que hará Marañón meses más tarde en su "Doctor melifluo", García Sanchiz recuerda que las abejas son el símbolo de la facundia y del esfuerzo continuado: "La propia personalidad del inmortal polígrafo (Vives) responde a esa insuperable señal de laboriosidad y dulzura". Más allá de otras consideraciones, el artículo de García Sanchiz pone al lector en el camino de interpretar las señales, alegorías y emblemas que suscitan las abejas instaladas en la cámara del humanista[50]. Y esto es lo que hace Marañón al ilustrar con las abejas el afán por la paz del humanista valenciano.

A decir verdad, las abejas tienen un papel muy relevante en este último capítulo, especialmente al comienzo y al final del mismo. En los primeros párrafos Marañón imagina a Juan Luis Vives, aún niño, en su Valencia natal, dormido entre naranjales: "con su Virgilio en la mano (...) al despertar vio un enjambre de esas abejas de España que, según Plinio, sacan del esparto sabor dulcísimo para su miel. Parecían una nube oscura sobre el azul sutil del cielo, enloquecidas de no sé qué especie de embriaguez de libertad. Acaso una le picó en los labios, como a Platón, presagiando la dulce suavidad de su elocuencia"[51]. Esas mismas abejas son las que, según Marañón, acompañan al alma de Luis Vives al morir. La descripción que hace de la expiración de Juan Luis Vives es muy significativa: "Y acaso sus ojos, iluminados por la luz del más allá, vieran otra vez, antes de morir, el enjambre alado ascender, rodeando a su alma por el azul sutil del cielo, hasta el seno de Dios". Las abejas simbolizan, pues, la pervivencia del alma tras la muerte, de acuerdo con una interpretación que se remonta a San Bernardo, a quien, por cierto, también se le conocía como *Doctor melifluus* por la dulzura de su elocuencia y por haber acuñado la imagen mística de las abejas, al menos en la tradición cristiana. "Las almas", dice San Bernardo, "son como abejas que se elevan hacia la divinidad". Y a este respecto conviene recordar que también Virgilio sostiene en los *Georgica* que "hay en la abeja un algo divino que emana del cielo"[52]. Las abejas, por tanto, trasladan al ensayo sobre Vives el alegato en defensa del humanismo cristiano que Marañón suele dejar patente en sus obras a partir de 1937.

Pero esto no es todo. En otro lugar, sostiene Marañón que en 1523 Vives interrumpe su exilio voluntario para visitar Valencia. Hoy sabemos que esto no fue así, pues aunque el humanista añorara volver a Valencia, finalmente prefirió no hacerlo. Sea como fuere, Marañón afirma que no estuvo mucho tiempo en su tierra natal, y que decidió abandonar de nuevo España al ver los rescoldos aún calientes de odio y destrucción que provocó la Guerra de los comuneros. Y en este punto las abejas vuelan de nuevo: "las abejas, ejército industrioso de la paz, no colgaban sus enjambres de las ramas, como racimos en la vid, porque la guerra lo había aniquilado todo". No hace falta recordar aquí que entre los muchos valores simbólicos de las abejas está también el de la paz y el de la concordia. Y en este sentido resulta inevitable evocar el emblema de Alciato que lleva por título *Ex bello pax* (192), y en cuya *pictura* encontramos unas abejas colonizando un yelmo abandonado[53].

Con todo, donde mejor se advierte el uso que Marañón hace de los valores simbólicos de la abeja es en un pasaje que está relacionado directamente con la realidad política que le tocó vivir. Marañón sitúa a Luis Vives en París, en 1514, como testigo del debate que entablan Gaspar Lax y otros humanistas en torno a un *Libro de Horas* en el que estaba representado el Triunfo de César Dictador. Lax hubiera preferido ver impreso "el triunfo de Cristo" y no el de César; y a partir de aquí se desarrolla una controversia sobre la paz y la guerra, es decir, "Cristo frente al César". Sostiene Marañón que antes de dormirse "en la mente de Vives seguía encendida la preocupación por la paz, avivada por la discusión de sobremesa. Cristo frente al César. Él no había querido hablar aquella noche de sus poetas gentiles, ni de Ovidio, ni de Virgilio, ni de Valerio Flaco, pero se acordaba de las abejas de Valencia, y le venía a la memoria un pasaje de Plinio: la reina de las abejas no tiene aguijón, y, si lo tiene, no lo usa, porque reina no por la fuerza sino por la majestad. Cuando se recogió al dormirse, murmuraba ¡No por la fuerza, sino por su majestad!"[54].

El texto de Plinio que menciona Marañón es un lugar común en la literatura emblemática y concretamente en la explicación de los emblemas que tratan la *Principis clementia*. Que las abejas simbolizan la clemencia del gobernante queda claro en el conocidísimo emblema de Alciato (148) cuyo mote es precisamente *Principis clementia*. El epigrama dice así: "El rey de las abejas, como nunca clava el agujón y duplica en tamaño a las demás, puede afirmar que su poder es clemente, que sus órdenes son moderadas, y que sus leyes, confiadas a jueces justos, son sagradas".

Los versos de Alciato resumen la filosofía estoica de Séneca, tal como la encontramos en el tratado *De clementia* de Séneca, donde el filósofo traslada el ejemplo de la naturaleza a las circunstancias políticas que le envuelven: "(las abejas, dice Séneca) son muy feroces y muy violentas (...) El rey no tiene agujón. La naturaleza no quiso que fuera cruel y que persiguiese una venganza que le iba a costar muy cara: le quitó el agujón y dejó su cólera desarmada. Gran modelo éste para los reyes poderosos, pues la naturaleza tiene por costumbre ensayar con las cosas pequeñas y acumular sobre los fenómenos insignificantes lo que puede servir de lección para lo importante"^[55].

Así pues, la polémica vivida por Vives al hilo de una imagen con el triunfo del César le sirve a Marañón para atribuir al humanista una reflexión sobre la necesidad de que el gobernante sea clemente. Y digo 'atribuir' porque en el texto de Vives no he encontrado alusión alguna a *Maiestate tantum* ("no por la fuerza, sino por la majestad") de Plinio, en el que Marañón pone tanto énfasis pensando, así lo creo, en la España dominada por Franco^[56].

6. A modo de conclusión.

El interés de Marañón por Vives se inscribe en un proyecto más amplio sobre la emigración española a Francia. Coincide además con la celebración del IV centenario del fallecimiento del humanista, una efemérides que pretendían celebrar tanto las autoridades republicanas en el exilio como el gobierno franquista. Exiliado en París, Marañón decide colaborar con el proyecto dirigido por J. Estelrich y auspiciado por el gobierno de Madrid. Sin embargo, no puede decirse que Marañón aborde el estudio de Vives a la manera tradicional, esto es, de acuerdo con los presupuestos establecidos en su día por Bonilla San Martín. Tampoco hace suya la reforma pedagógica que pretendían llevar a cabo los krausistas de la Institución libre de enseñanza.

En esto, como en otras cosas, Marañón parece dispuesto a seguir su propio camino. Las expresiones que emplea para definir al humanista, la bibliografía que maneja y, sobre todo, la perspectiva que adopta, permiten atisbar un cierto eclecticismo que no oculta la originalidad de su planteamiento. Ciertamente es que sus ensayos no pretenden avanzar en el estudio del pensamiento de Luis Vives, si por ello entendemos el análisis concienzudo de cualquiera de sus doctrinas. Marañón renuncia a ello desde el comienzo mismo de su obra. Su interés estriba, según confiesa al lector, en descubrir los rasgos de la personalidad del humanista a partir del análisis de su gota, es decir, en la conformación de un ensayo biológico, al gusto de los realizados con otros personajes históricos.

Pero no se detiene aquí. También aborda el modelo de "mujer cristiana" diseñado por Vives, al tiempo que da algunas pinceladas de trazo grueso sobre su actitud ante la enseñanza. Nada dice, sin embargo, de otra cuestión candente, la presunta filiación comunista o anticomunista de Luis Vives, que habría de enfrentar las dos interpretaciones de la España en conflicto. Los dos últimos capítulos tienen un claro contenido político. Marañón convierte la disquisición sobre Vives en un pretexto para establecer las obligaciones del intelectual, que son el rigor y la verdad. No faltan consideraciones veladas sobre la suerte futura de los perseguidos, cuya voz acabará imponiéndose finalmente.

En todo el texto, pero especialmente en los últimos capítulos, hay un componente personal que resulta fácilmente perceptible para el lector avezado. De hecho, al comienzo mismo del ensayo Marañón deja claro que "toda obra, así hable de los dioses, de los astros o de las hormigas" está impregnada de autobiografía, porque nace siempre de una preocupación y "los rasgos de esta preocupación están en nuestra obra, como en la figura del hijo los rasgos de su padre". El estudio sobre Vives discurre en paralelo a las vivencias del autor. Marañón descubre en Vives una actitud impregnada del estoicismo de Séneca y la hace suya. Los lugares comunes son evidentes: el exilio, la tragedia del ecuanime, el anhelo de paz etc. Los clásicos (Séneca, Virgilio, Plinio) proporcionan algunas imágenes que resultan claves para desentrañar los tesoros del texto y conectar el objeto de estudio con la vida del ensayista, porque a ambos les proporcionan el espejo en el que mirarse. Si Virgilio es el espejo en que se mira Vives, Vives puede ser el espejo en que se mira Gregorio Marañón en las horas difíciles del exilio.

[Volver](#)

Bibliografía

- Azorín [Martínez Ruiz, J.] (1912), "Juan Luis Vives", *Lecturas españolas*, Paris, Nelson.
- Calero, Francisco (1996), "Traiciones a Luis Vives", *Anales del seminario de historia de la filosofía*, 13, pp. 237-245.
- Estepa, C. (1995), "Las revistas de Historia en España: el ejemplo de *Hispania*", *RHJZ*, 71, pp. 297-308.
- Fontán, Antonio (1975), "Luis Vives, un español fuera de España", *Revista de Occidente*, 145, pp. 37-52.
- García Sanchiz, Federico (1939), "Las abejas de Luis Vives", *Domingo. Semanario nacional*, p. 1.
- González González, Enrique (2007), *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives*, México, UNAM.
- Redondo Gálvez, Gonzalo (1993), *Historia de la iglesia española, 1931-1939*, t. II (1936-1939), Madrid, Rialp, pp. 304-307

Juliá Martínez, Eduardo (1944), reseña de Marañón (1942), *Revista de filología española*, 28, p. 95.

Lange, F. A. (1887), *Luis Vives*, Madrid, 1894 (es traducción, atribuida a Menéndez Pelayo, del original alemán, publicado en Leipzig).

Lange, F. A. (1894), "Luis Vives como pedagogo", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVIII, pp. 271-276.

Llorens García, R. F. (1999), *El último Azorín (1936-1967)*, Universidad de Alicante.

López Vega (2004), "La Universidad de Marañón", *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija de estudios sobre la Universidad*, 7, pp. 65-90.

López Vega, Antonio (2008), "Luis Vives en la obra de Marañón", *Luis Vives, humanista español en Europa (Semana Marañón 2006)*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 11-19.

López Vega, Antonio (2009), *Bibliografía de Gregorio Marañón*, Madrid, Biblioteca del Instituto de Nebrija de estudios sobre la Universidad, nº 19.

Mancebo, M^a Fernanda (2000), "El valencianismo en las aulas", *Historia de la Universidad de Valencia: La Universidad liberal (siglos XIX-XX)*, ed. M. Peset, Universitat de València, 2000.

Marañón, Gregorio (1940): "Gota y humor del maestro. (El centenario de Vives)", *La Nación*, Buenos Aires (Argentina), 26 de mayo de 1940 (OC, IV, pp. 629-636); "Teoría de la sobriedad. (El centenario de Vives)", *La Nación*, 7 de julio de 1940 (OC, IV, pp. 641-649); "El intelectual desterrado (El centenario de Vives)", *La Nación*, 21 de julio de 1940 (OC, IV, pp. 651-658).

Marañón, Gregorio (1941a), "Margarita", *Escorial*, marzo, pp. 353-364 (OC, VII, pp. 273-279).

Marañón, Gregorio (1941b), "Le docteur Melliflu", *Vivès. Humaniste espagnol, Collection Occident. Études Hispaniques*, Paris, Plon, pp. 33-40.

Marañón, Gregorio (1942), *Luis Vives (un español fuera de España)*, Madrid, Espasa-Calpe.

Marañón, Gregorio (1947), *Españoles fuera de España*, Madrid, Espasa-Calpe.

Massot i Muntaner, Josep (2000a), "Joan Sterlich i la propaganda franquista a París", *Les literatures catalana i francesa: Postguerra. I. Engagement*, Barcelona, ed. F. Cambó.

Massot i Muntaner, Josep (2000b), *Antoni M. Sbert, agitador, polític i promotor cultural*, Barcelona, Abadía de Monserrat.

Merino Jerez, L. (en prensa), "Doctor melifluus: la emblemática en 'Luis Vives. Un español fuera de España' (Madrid, 1942) de Gregorio Marañón", *Actas del VII Congreso de la Sociedad de Emblemática*, Pamplona.

Montiel Rayo, Francisca (2007), *Esteban Salazar Chapela. Reseñas, artículos y narraciones (Antología, 1926-1969)*, Fundación Santander Central Hispano, p. 53.

Moreno Gallego, Valentín (2006), *La recepción hispana de Juan Luis Vives*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2006.

Pedrazuela Fuentes, M. (2006), "El Centro de Estudios Históricos durante la guerra y su conversión en Consejo superior de Investigaciones científicas", *La Guerra Civil española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales (edición digital).

Prat, José (1989), "El exilio español en Colombia", *Cuadernos hispanoamericanos*, nov-dic., 473-474, pp. 241-246.

Séneca, L. A. (1988), *Sobre la Clemencia*, trad. de C. Codoñer, Madrid, Tecnos.

Serrano Asenjo, E. (2006), "Historia y punición: Ángel Valbuena Prat, depurado", *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. 68, nº 135, pp. 249-259.

Suñer, E. (1937), *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, Editorial Española.

Valbuena Prat, Ángel (1957), *Historia de la literatura española*, Barcelona.

Vandebosch, D. (2006), *Y no con el lenguaje preciso de la ciencia: la ensayística de Gregorio Marañón*, Genève, Librairie Droz.

Vives, J. L. (1914), *Christi Jesu Triumphus* (hoy puede leerse en Vives, *Early Writings*, 2, ed. J. Ijsewin, Leiden, Brill, 1991).

Vives, J. L. (1940), *Concordia y discordia*, México, Séneca (intr. y trad. de Laureano Sánchez Gallego).

Zambrano, María (1937), "Españoles fuera de España", *Hora de España*, nº. VII, julio.

[Volver](#)

NOTAS

[1] Este trabajo ha sido posible gracias al Proyecto de Investigación FFI2008-01038 financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.

[2] Marañón (1940). Cf. López Vega (2009).

[3] Marañón (1941a).

[4] Marañón (1941b).

[5] Moreno (2006) p. 57.

[6] Pedrazuela (2006) y Estepa (1995).

[7] A partir de 1957, si no antes, el *Luis Vives* de Gregorio Marañón se incorpora a la obra monumental de Valbuena Prat, quien, como es sabido, sufrió una depuración rigurosa a cuenta de algunos comentarios vertidos sobre García Lorca y otros escritores en una primera versión de su obra, que su editor, Gustavo Gili, tuvo que recoger y enmendar apresuradamente. Cf. Serrano (2006) y Valbuena (1957) pp. 398-399: "Actualmente Marañón ha evocado con gran finura y penetración la personalidad humana de Vives".

[8] Un título, por cierto, de fortuna, pues se repite de algún modo en el artículo que publicó Fontán (1975) en la *Revista de Occidente* y un título, añadido, que tiene su precedente directo en otro artículo de María Zambrano (1937), titulado precisamente así, aunque en este último, en realidad, no se habla de Luis Vives.

[9] Montiel (2007) p. 53.

[10] Efectivamente, Ramón Pérez de Ayala no volvería a España hasta 1954. Es bien conocida la amistad que trabó con G. Marañón y la participación de ambos, junto a Ortega y Gasset, en la Agrupación al servicio de la República, para irritación de los sectores más intransigentes del régimen franquista.

[11] Nada dice el comentarista sobre la primera edición, tal vez por desconocer su existencia, aunque cabe suponer más bien que a Salazar Chapelá le disgustaran tanto los contenidos del nuevo prólogo como el hecho mismo de que su autor se encontrara instalado ya en la España de Franco.

[12] Marañón (1942) pp. 13-14.

[13] Marañón (1947) p. 15.

[14] Marañón (1947) p. 13.

[15] Marañón (1947) p. 14.

[16] Marañón (1947) p. 41.

[17] Hor., *Ep.*, 2.1.156.

[18] Usan esta expresión Tito Livio (24.22.2), Salustio (*De coniuratione Catilinae* 5.2), Suetonio (*Div. Julius* 5.1). También la emplean ilustres oradores y poetas, como Cicerón (*Phil.* 8.7) y Lucano (5.297). E incluso San Agustín.

[19] Marañón (1947) p. 81.

[20] González (2007) p. 57.

[21] González (2007) p. 58.

[22] Moreno (2006) p. 57.

[23] Marañón (1947) p. 118. Azorín (1912) pp. 17-24.

[24] López (2008) p. 15. A su vez Amanda Junquera, bajo el seudónimo de Isabel de Ambía, destaca "la pulcritud idiomática y la sensibilidad lírica" de sus expresiones, en *Hispania*, 6 (1942)

[25] Marañón (1947) p. 181.

[26] Lange (1887) y Lange (1894). Cf. González (2008) p. 300. Las reticencias sobre la obra de Lange perduran durante algún tiempo, según comprobamos, por ejemplo, en la reseña de E. Juliá Martínez (1994) a la traducción al español del libro *Luis Vives como apologeta* de P. Graf. Aplaude el comentarista que se haya rectificado a quienes como Lange "han puesto algún velo sobre la ortodoxia del filósofo valenciano". No se debían escapar tampoco los elogios que Lange había hecho de Marx.

[27] Marañón (1947) p. 98.

[28] Su tesis doctoral se titula *Juan Luis Vives en sus tres libros De prima philosophia (...)*, publicada en 1864.

[29] Marañón (1947) p. 118: "Luis Vives representa en España, además de un puro valor filosófico, el primer intento logrado de una actitud intelectual llena de sentido experimental – o, mejor, experimentalista-".

[30] Para Menéndez Pelayo Vives es "la más elevada personificación de la España científica (... y quien) renovó el método de Bacon y Descartes"; a lo que los krausistas responden así: "Sutilícese el ingenio para descubrir portentos y maravillas en las ignoradas obras de nuestros filósofos. Búsquense en ellos precursores de Bacon y Descartes, encomiéndense los merecimientos de Vives y Suárez (...) y por más que se haga será forzoso reconocer (...que) esa decantada filosofía española (es) un mito, con cuya resurrección sueñan hoy eruditos como Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo". He tomado los testimonios de González (2007) pp. 323.324.

[31] Marañón (1947) pp. 99-101.

[32] Marañón (1947) p. 108.

[33] Marañón (1947) pp. 116-117.

[34] Marañón (1947) pp. 136-137.

[35] La peripecia del descubrimiento de la ascendencia judía de Vives y de la persecución inquisitorial contra su familia puede seguirse en Calero (1996).

[36] Marañón (1947) p. 131. Cuando Marañón publica por primera vez este capítulo (1941a) aún vive en el exilio y sabe que desde mayo de 1937 el gobierno republicano le ha separado de su cátedra. Por si esto fuera poco, del otro lado, en 1939 el gobierno de Franco le abre un expediente, que significativamente se cierra por orden verbal del Ministro en agosto de 1940. Sin embargo, hasta septiembre de 1946 Marañón no vuelve a sus clases en la Universidad española. Los detalles de la reincorporación a su cátedra está muy bien descritos y documentados por López Vega (2004).

[37] En su atinada disertación López Vega (2008) ha llamado la atención sobre el anacronismo que supone llamar "intelectual" a Luis Vives.

[38] Marañón (1947) p. 152.

[39] No sobran los elogios en el comentario de E. Juliá Martínez. Le reprocha insistir demasiado en la dolencia de Vives y en la repercusión que tuvo en el carácter del humanista. Afirma que esta cuestión se repite a lo largo del libro "como una verdadera obsesión". También le reprocha, en este caso con razón, haber asumido la hipótesis de que Vives viajó a Valencia en 1523, cuando en la historiografía contemporánea había datos suficientes para negarla. Y, por último, se pregunta por qué cree Marañón que el modelo de mujer descrito por Vives es el de su esposa, Margarita Valdaura, y no el de su madre, Blanca March. Sin embargo, en otro número de la *Revista de filología española* el comentarista no escatima elogios al comentar la traducción que J. Bautista Gomis hiciera del *Centinela del alma* (Valencia, 1944): "buen conocedor de las obras de Vives", dice del autor, al que felicita por el "restablecimiento de la verdad y el deber cumplido", principalmente por haber rectificado los tópicos sobre Vives que se repiten hasta la saciedad "porque es más cómodo explotar lo que otros estudiaron que fatigar el ánimo con los sinsabores del estudio". En este mismo volumen E. Juliá descubre su filiación al sostener que "Desde que Bonilla San Martín escribió su fundamental estudio (...) son muchos los escritores que no han hecho más que repetir lo que el malogrado catedrático expuso" (1944, pp. 94-95 y 291-292). Es inevitable pensar, a tenor de lo dicho en uno y otro caso, que para E. Juliá la obra de Marañón no estaba a la altura de la de Bonilla o la de J. B. Gomis.

[40] López Vega (2008) p. 16.

[41] López Vega (2004).

[42] El primero dice: "Al llegar Marañón a París, a finales de 1936, iba ya resueltamente inclinado a favor de la dictadura y fue acrecentando progresivamente esa actitud, sin duda estimulada como reacción de dignidad herida por las amenazas humillantes de los milicianos, cuya actitud coactiva le obligó a propagandas y declaraciones que no sentía". Por otra parte, de la mano de María Zambrano, discípula de Ortega y Gasset, salió la "Carta al Dr. Marañón" en la que le criticaba duramente por haber abandonado la defensa de la República. Cf. Redondo (1993), pp. 304-307. El cambio de posición de Marañón se hace del todo patente en el artículo "Liberalismo y comunismo" que publica en diciembre de 1937 en la *Revue de Paris*.

[43] "El hombre que así hablaba (Gregorio Marañón), tiene ahora la desaprensión de manifestar 'He sido engañado. Me he equivocado' (...) El orgullo le ciega; su atrevimiento y desconsideración siguen siendo inauditos... ¡Vaya un arrepentimiento el del Dr. Marañón!". Más contundente aún es el reproche del dominico Antonio García Figar (*Por la revolución*, 1939), que no creyendo que fueran sinceras las proclamas de Marañón en las que confiesa sentirse desengañado por la República española le acusa de ser un "grandísimo farsante". Testimonios recogidos de Redondo (1993), pp. 304-307. Cf. Suñer (1937).

[44] Merino (en prensa). Sobre J. Esterlich, Massot (2000a) pp. 261-295.

[45] Prat (1989).

[46] Vives (1940).

[47] Massot (2000b) p. 142.

[48] Marañón (1947) pp. 97-98: "Buena señal es el amor con que en España y América se ha conmemorado el cuarto centenario de la muerte de aquel pensador trotamundos (...) En este librito que yo, desde aquí lejos, dedico a Vives en su centenario (...).

[49] Académico de la lengua, como el propio Marañón, fue protagonista de una desafortunada intervención que ofendió sobre manera a Azorín, según cuenta este último en carta dirigida a d. Gregorio Llorens (1999) p. 143. Por otra parte, la "Cátedra Luis Vives" estuvo en manos de profesores tradicionalistas primero y franquistas después prácticamente desde su fundación durante la dictadura de Primo de Rivera. Según Mancebo (2000) p. 112, se trataba de "cristianizar la figura de Vives, desde la interpretación de Menéndez Pelayo, Bonilla San Martín, Sainz Rodríguez y Carlos Riba".

[50] García Sanchiz (1939): "Acordó el claustro (de Oxford) devolver la espontánea colmena a su sitio, designado sin duda por el cielo, que brinda a quienes las entiende deliciosas alegorías".

[51] Marañón (1947), p. 165. Efectivamente, es en el libro 11 de la *Historia natural* donde Plinio habla por extenso de las abejas y es aquí también donde recoge la anécdota archiconocida de Platón

[52] Verg., G. 4. 219-221.

[53] Más detalles en Merino (en prensa).

[54] Marañón (1947) p. 173.

[55] Escrita a f. del 55 o c. del 56 d. C., cuando Nerón a sus 18 años de edad había superado su primer año de gobierno, la obra es una *institutio principis*, en la que Séneca adapta los principios de la filosofía estoica a la

monarquía de Nerón, con el propósito de guiar sus pasos como gobernante. Reproduzco la excelente traducción de C. Codoñer, en Séneca (1988).

[\[56\]](#) Vives (1914).

[Volver](#)

Resumen:

Este artículo aborda el conjunto de ensayos que Gregorio Marañón publicó sobre Luis Vives. Analiza la peripecia editorial del texto, comparando las dos ediciones del mismo (1942 y 1947). Describe la recepción que tuvo la obra en el momento de su publicación así como en la actualidad. Analiza los aspectos más destacados del texto: la influencia de la enfermedad en el humanista, el experimentalismo de Luis Vives, su modelo de mujer cristiana, las obligaciones del intelectual y el anhelo de paz. Algunos pasajes inspirados en fuentes clásicas (Virgilio, Séneca y Plinio) permiten leer la obra en clave autobiográfica, como si Marañón no sólo estuviera hablando de Luis Vives sino también de sí mismo.

Palabras claves:

Gregorio Marañón, Luis Vives, exilio, neoestoicismo, Séneca, Virgilio, abejas de la paz.

Abstract:

In this article we study the book of Gregorio Marañón on Luis Vives. We analyze the vicissitudes of writing the text and compare the two editions (1942 and 1947). We describe the reception given to the book since its publication until today. It discusses the highlights of the text: the influence of the disease, the experimentalism of Luis Vives, the model Christian woman, the obligations of intellectuals and the quest for peace. Some passages inspired by the classic sources (Virgil, Seneca and Pliny) allow us to interpret the work as autobiographical.

Keywords:

Gregorio Marañón, Luis Vives, exile, neo stoicism, Seneca, Virgil, the bees of peace.

[Volver](#)

Imprimir